

Todo empezó siendo bonito. Él y yo, paseando por la playa cogidos de la mano con solo la luz del atardecer. Nuestra relación se convirtió en algo formal: ya éramos novios oficiales. Me propuso vivir juntos y yo acepté encantada. No veía la forma en la que podía salir mal.

Debajo de nuestra casa teníamos un bar donde casi todas las tardes se reunían los amigos de él, siempre para hablar de fútbol. Un día bajé, curiosa y algo aburrida de estar en casa, y me intenté unir a la conversación. Casi al instante él me dijo en un tono amable que no tenía ni idea de fútbol y que le dejase disfrutar la compañía de sus amigos. Me enfadé y me subí a casa, no tenía ningún argumento contra él, era verdad que no tenía ni idea de fútbol.

En la monotonía de nuestro día a día, él siempre me llevaba en coche al trabajo aunque ello significase que se tenía que levantar media hora antes. Por esos días me pareció un gesto muy amable de su parte. Llegó una mañana cálida de primavera en la que me apeteció ponerme una falda un poco más corta de las que solía llevar y antes de salir, cuando él me vio me preguntó si de verdad iba a ir con esa minifalda al trabajo, me dijo que eso no era apropiado y me convenció para que me pusiese una falda más larga.

Un día, cuando entré a casa después del trabajo, me encontré a él con mi móvil en sus manos viendo conversaciones de whatsapp. Se me había olvidado el móvil esa mañana. Al momento, se lo quité y le pregunté que qué estaba haciendo. Él alegó que alguien me había llamado y que, después de no llegar a tiempo a descolgar, quiso saber quién era el que llamaba para después decírmelo. Su comportamiento me estaba empezando a molestar. Luego descubrí que nadie me había llamado.

Tuvo que pasar una semana de pilladas con mi móvil a escondidas para que estallara. Le pregunté por qué me estaba mirando todo el rato el móvil y él me respondía que por nada, como un niño pequeño. Después de un buen rato insistiendo y de estar a punto de gritar me confesó que creía que le estaba poniendo los cuernos con el compañero con el que siempre venía andando desde el trabajo hasta casa. “¿Te crees que soy estúpido y no me doy cuenta de que vosotros dos tenéis algo?” me decía. A cada argumento suyo su cara se iba poniendo cada vez más y más roja. Parecía como si la ira de mil dioses se concentrara toda en un solo hombre, el que tenía en ese momento delante de mis ojos. Tiró unos platos al suelo, rompiéndolos, y lanzó por los aires algunos cojines que tenía a su alcance. Le dije que hasta que no se tranquilizase yo no volvería a pisar esa casa. Y me fui.

Al cabo de unos días refugiada en la casa de mis padres, él apareció en la puerta con un ramo de flores y una pequeña caja de bombones para pedirme perdón. Me dijo que lo sentía mucho, que no sabía por qué se había comportado de esa manera y que no se volvería a repetir... Pero volvió a ocurrir.

Cada vez sus consejos sobre qué ropa debía o no ponerme eran más frecuentes al igual que los comentarios de que estaría mejor si me quedase en casa y sus búsquedas innecesarias en mi móvil. Llegó un momento en el que nos enfadábamos cada mes y por cada discusión su ira aumentaba. Primero unos cojines los que salieron dañados, luego unos platos, después los cuadros que decoraban el pasillo y por último yo.

Empezó por la ropa que llevaba ese día: una blusa blanca un poco transparente y unos pantalones lilas cortos. “¿Acaso no te da vergüenza salir por la calle enseñando tanta carne? Hazme el favor y vete a cambiarte antes de que pierda la paciencia”. En ese momento me harté: le dije que él no era quién para decirme lo que tenía que ponerme, que yo era la que decidía lo que hacía o lo que dejaba de hacer y él no me podía impedir nada. Su mano abierta se estrelló contra mi mejilla causándome una reacción inmediata de calor y dolor en la zona afectada. “¿No ves que esto lo hago por tu bien, para que esos compañeros babosos tuyos no vayan detrás de ti? ¿Crees, acaso, que me gusta que trabajes con toda esa panda de sinvergüenzas que no sabe que tú no les perteneces?” Me miraba con ojos de loco mientras su cara se iba volviendo cada vez más roja (como de costumbre) y yo tenía la mano en la mejilla donde había recibido el golpe. Fue el primero de otros muchos que vinieron detrás.

Él me empezó a encerrar en casa, decía que no debía ir al trabajo por mis compañeros y que lo más conveniente era que yo me quedara, haciendo la comida y limpiando.

Sin saberlo, él me había construido una cárcel con los barrotes hechos de palabras y comentarios los cuales reforzaba con golpes. Yo, metida dentro de aquella jaula, me era imposible salir de aquello. El miedo era los grilletes que me hacían permanecer dentro.

Pero llegó un día en el que mis gritos de socorro traspasaron las paredes de aquella casa y fueron captados por una vecina la cual tuvo la sensatez de llamar a la policía. Esa llamada fue la llave para abrir mi celda y abrir los grilletes. Gracias a ella y a la persona que la realizó puedo respirar sin temer que una mano me golpee. Ahora, después de empacar toda mi ropa me dispongo a salir de esa casa y no volver. Con la maleta en una mano y las llaves en la otra, pisé el rellano y cerré la puerta detrás de mí. Por fin, se ha acabado.